

Archivos para una historia de la práctica de la arqueología

*María Alejandra Pupio**

Resumen

En este trabajo se analizarán las posibilidades que los archivos de correspondencia brindan para el estudio de la práctica de la arqueología en la Argentina en la primera mitad del siglo XX. El intercambio de cartas existentes en archivos personales, municipales y de museos universitarios permitió mostrar que hasta mediados del siglo XX la arqueología requería de la activa participación de científicos vocacionales para la localización de sitios y el envío de materiales e información. Por otro lado, el intercambio epistolar enseñó el tipo de relaciones establecidas entre aficionados, y entre estos y los profesores universitarios.

Palabras clave: historia de la arqueología - aficionados - correspondencia particular e institucional - archivos administrativos

Abstract

The aim of this paper is to analyse the possibilities that epistolary archives offers for the study of the Argentinean's archaeological practices during the first half of the XXth century. The analysis of letters from personal, municipal archives and university museums shows that there was a great interchange between different actors and that the archaeology requested the active participation of scientists vocational in the sites localization as well as in the sending of materials and information. Also, from the epistolary exchange analysis it could be described the kind of relations set among amateurs and between them and the university professors.

Key words: history of archaeology - amateurs - institutional and private correspondence - administrative archives

* Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur (UNS).

Fecha de recepción: 07/09/2013

Fecha de aceptación: 05/12/2013

Como otros autores han recordado, el prehistoriador francés André Leroi-Gourhan, a mediados del siglo XX, reconocía que la práctica de la prehistoria era llevada a cabo por tres grupos: los profesionales, los grandes y los pequeños *amateurs*, el grupo numéricamente más importante.¹ Leroi-Gourhan afirmaba: “Notre milieu de préhistoriens est donc un milieu foncièrement composé d’amateurs dont la formation scientifique est très variable.”² Recién en los inicios de la década de 1980, ese reconocimiento tendría implicancias en la historiografía sobre las ciencias en general y la arqueología en particular. Por un lado, autores como Stebbins le dedicaban dos artículos a la ciencia vocacional, examinando las rutinas de los aficionados en la arqueología y la astronomía.³ Otro impulso vendría de la historiografía, que en los últimos treinta años, ha destacado el lado transnacional, cooperativo y asociacionista de la práctica de la ciencia y se ha preguntado por el papel que los filósofos de la ciencia le han otorgado al “público”, más allá de mero espectador o consumidor de las ideas producidas por otros.⁴ Eso ha implicado, entre otras cosas, reconocer que tras los nombres de las figuras como Darwin, Linneo, Cuvier o Lamarck se esconde una inmensa red de proveedores de datos, dibujos y objetos.⁵ No solo eso: el énfasis puesto en los últimos tiempos en la circulación del conocimiento, ha puesto de relieve que

¹ Irina PODGORNÝ, *El sendero del tiempo y de las causas accidentales. Los espacios de la prehistoria en la Argentina, 1850-1910*, Rosario, Prohistoria, 2009, p. 21.

² André LEROI-GOURHAN, *Les fouilles préhistoriques (technique et méthodes)*, Paris, Editions A. Et J. Picard Et Cie, 1950, p. 1.

³ Robert STEBBINS, “Avocational science: The Amateur routine in Archaeology and Astronomy”, *International Journal of Comparative Sociology*, núm. 21, 1980, pp. 34-48; Robert STEBBINS, “Amateur and Professional Astronomers: A study of their interrelationships”, *Urban Life*, núm. 10, 1982, pp. 433-454; Laura MIOTTI e Irina PODGORNÝ, “Una flecha en mi sopa: la percepción del pasado en la región del Deseado, Santa Cruz”, *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, núm. 16, 1995, pp. 343-356; Alejandra, PUIPIO, “Coleccionistas de objetos históricos, arqueológicos y de ciencias naturales en museos municipales de la provincia de Buenos Aires en la década de 1950”, *História, Ciências, Saúde –Manguinhos*, núm. 12, 2005, pp. 205-229.

⁴ Martha FEHER, “Acerca del papel asignado al público por los filósofos de la ciencia”, Javier ORDÓÑEZ y Alberto ELENA (comps.), *La ciencia y su público: perspectivas históricas*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990, pp. 421-443.

⁵ Pietro CORSI, *The Age of Lamarck: Evolutionary Theories in France, 1970-1983*, Berkeley, The University of California Press, 1988; Staffan MÜLLER-WILLE, “Collection and Collation: Theory and Practice of Linnaean Botany”, *Studies in History and Philosophy of the Biological and Biomedical Sciences*, núm. 38, 2007, pp. 541-562; Martin RUDWICK, *Georges Cuvier, Fossil Bones, and Geological Catastrophes. New Translations and Interpretations of the Primary Texts*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

estos agentes deben formar parte de una historia del saber que verdaderamente se precie de tal.

Esta tradición tiene ya cierta trayectoria en la Argentina, iniciada en la década de 1990 con los trabajos dedicados a las prácticas científicas y a los espacios del saber de fines del siglo XIX y principios del XX. Como han señalado algunos autores los objetos, para constituirse en objetos científicos, requirieron su transformación en papel.⁶ Es más, la práctica de la ciencia –como se la conoce hasta ahora– no existiría sin el papel que favoreció el intercambio y circulación de objetos, ideas y libros, la formación de colecciones y sus catálogos, el registro del trabajo de campo, instruir a los observadores y obtener sus respuestas. Gracias al corpus de documentos que ha sobrevivido, hoy se pueden reconstruir historias institucionales pero también las redes de sociabilidad científica, incluyendo la relación entre los profesores, los corresponsales y los comerciantes de objetos de historia natural.⁷

En lo que respecta a la arqueología, esta perspectiva se desarrolló paralelamente a una historia de la disciplina iniciada en la década de 1980, escrita principalmente por arqueólogos, con otras preguntas, donde las fuentes privilegiadas fueron casi con exclusividad las publicaciones de los investigadores y, en menor medida, la documentación existente en archivos universitarios. Esto dio como resultado una historia de la disciplina centrada en la trayectoria de los profesores, generalmente de los institutos de investigación de Buenos Aires, La Plata y Córdoba y donde se trataba de recorrer un devenir científico a través de períodos o etapas que se sucedían unos a otros.

⁶ Irina PODGORNY, “Mercaderes del pasado: Teodoro Viladerbó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de La Plata, 1830-1850”, *Circumscribere International Journal for the History of Science*, núm. 9, 2011, pp. 29-77.

⁷ Andrea PEGORARO, *Las colecciones del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio en la historia del americanismo en la Argentina, 1890-1927*, Tesis doctoral sin publicar, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2009; Irina PODGORNY y María Margaret LOPES, “Trayectorias y desafíos de la historiografía de los museos de historia natural en América del Sur”, *Anais do Museu Paulista*, vol. 21, núm. 1, 2013, pp. 15-25; Máximo FARRO, *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2009; Irina PODGORNY, *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, museos y estudiosos en la Argentina entre 1880 y 1910*, Buenos Aires, Eudeba/Libros del Rojas, 2000; Irina PODGORNY, “Antigüedades incontroladas. La arqueología en la Argentina, 1910-1940”, Federico NEIBURG y Mariano PLOTKIN (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 147-174; Irina PODGORNY, “Momias que hablan. Ciencia, colección de cuerpos y experiencias con la vida y la muerte en la década de 1880”, *Prismas*, núm. 12, 2008, pp. 49-65; Irina PODGORNY, “Mercaderes del pasado: Teodoro Viladerbó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de La Plata, 1830-1850”, *Circumscribere International Journal for the History of Science*, núm. 9, 2011, pp. 29-77.

Las ideas se reemplazaban según una dinámica de avance y progreso en la investigación.

Pero dentro del marco centrado en prácticas y objetos, donde también se estudia la superposición de tradiciones científicas diferentes en un mismo momento histórico, el énfasis se ha puesto en la relación entre las prácticas profesionales y las de los científicos vocacionales, retomando las ideas de Robert Stebbins.⁸ El análisis de los sistemas de reciprocidad entre ambos tipos de científicos (con todos los matices que puede haber entre ambas categorías) está bien documentado para fines del siglo XIX, pero extender su estudio a las décadas de 1940 y 1950 requirió consultar archivos que no habían sido reconocidos previamente como fuentes documentales para la historia de ciencia.⁹ Sin embargo, coincidimos con McCray cuando señala que los historiadores están dispuestos a reconocer el papel de los científicos aficionados de períodos de poca definición profesional, pero que aún vale la pena profundizar en las prácticas vocacionales del siglo XX, que, por ahora, no han merecido toda la atención que corresponde.¹⁰ Por un lado, es probable, que las historiografías disciplinarias, centradas como están en la profesionalización, prefieran olvidar este lado de la práctica de la ciencia. Pero quizás el problema resida en una cuestión de índole archivistica: ¿cuáles son las fuentes y los repositorios que contienen el testimonio de estas prácticas? Las instituciones por casualidad o por política, tienden a conservar sus archivos administrativos más allá de la vida de los agentes involucrados. Los aficionados o científicos vocacionales –sean del siglo que sean– han dejado, en cambio, un tipo de huella mucho más endeble. En este trabajo presentamos nuestra investigación sobre la práctica de la arqueología en las décadas de 1940 y 1950 teniendo en cuenta el papel de los científicos aficionados y las fuentes utilizadas.

Para reconstruir la topografía de la práctica científica *amateur* por fuera de las instituciones metropolitanas se recurrió a distintos repositorios privados y públicos relevando especialmente un tipo particular de documento: la correspondencia de los

⁸ Robert STEBBINS, “Avocational science...” cit.; Robert STEBBINS, “Amateur and Professional Astronomers...” cit.

⁹ Máximo FARRO, *La formación del Museo de La Plata...* cit.; Irina PODGORNYY, “Ser todo y no ser nada: Paleontología y trabajo de campo en la Patagonia argentina a fines del siglo XIX”, Sergio VISACOVSKY y Rosana GUBER (comp.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2002, pp. 31-77; Irina PODGORNYY, “La prueba asesinada. El trabajo de campo y los métodos de registro en la arqueología de los inicios del Siglo XX”, Carlos LÓPEZ BELTRAN y Frida GORBACH (comps.), *Saberes Locales. Ensayos sobre historia de la ciencia*, México, El Colegio de Michoacán, 2008, pp. 169-205; Irina PODGORNYY, “Mercaderes del pasado...” cit.

¹⁰ Patrick MCCRAY, “Amateur scientists, the International Geophysical Year, and the ambitions of Fred Whipple”, *Isis*, núm. 97, 2006, pp. 634-58.

coleccionistas y de los científicos vocacionales. Para esto se consultó el Archivo Histórico del Museo de La Plata de la Universidad Nacional de La Plata y se analizó la correspondencia enviada y recibida entre las décadas de 1930 y 1950 –cuando los Departamentos de Antropología y Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata estuvieron a cargo de Milcíades Alejo Vignati y Fernando Márquez Miranda–.¹¹ Pero para entender el papel de los científicos vocacionales de las ciudades de provincia se consultaron los archivos administrativos producidos en la década de 1950 en los museos públicos municipales de las localidades bonaerenses de Bahía Blanca (Museo y Archivo Histórico), Salliqueló (Museo Histórico y de Ciencias Naturales), Trenque Lauquen (Museo Histórico Regional “General Conrado Villegas”) y Carmen de Patagones (Museo Histórico Regional “Francisco de Viedma”). A los archivos de correspondencia de los amateurs, convertidos en directores de esos museos locales, se sumó el hallazgo de los archivos personales de los aficionados de las ciudades de Rivera, Bahía Blanca y Laprida, todas localizadas en la provincia de Buenos Aires. El análisis de las cartas entre científicos vocacionales y entre estos y los profesores universitarios permitió reconstruir el espacio fronterizo de las prácticas de recolección, traslado, circulación, interpretación y exhibición de los objetos arqueológicos.¹² Al mismo tiempo se pudieron reconocer las relaciones personales y profesionales que la escritura epistolar iba creando.

Los archivos

El intercambio epistolar facilitó dos niveles de observación, uno de escala más amplia, se refiere al análisis de la acción de los científicos vocacionales en las

¹¹ Milcíades Alejo Vignati (1895-1978) egresó en 1915 como Maestro y en 1918 como Profesor de ciencias. Fue docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA hasta 1930 y a partir de ese momento de la Universidad Nacional de La Plata. Fernando Márquez Miranda (1897-1961). Abogado de profesión, se recibió de Doctor en Filosofía y Letras (con una tesis sobre arqueología argentina) en la Universidad Central de Madrid en 1936. Inició su carrera docente en 1923 como profesor de Prehistoria Argentina y Americana en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esa universidad. Continuó con sus cargos docentes y como Jefe del Departamento de Arqueología y Etnografía de la UNLP hasta su muerte.

¹² David LIVINGSTONE, “The spaces of knowledge: contributions towards a historical geography of science”, *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 13, núm.1, 1995, pp. 5-34; David LIVINGSTONE, *Putting Science in Its Place: Geographies of Scientific Knowledge*. Chicago, University of Chicago Press, 2003; Simon NAYLOR, “Introduction: historical geographies of science -places, contexts, cartographies”, *BHJS*, vol.38, núm.1, 2005, pp. 1-12; Adi OPHIR y Steven SHAPIN “The Place of Knowledge. A Methodological Survey”, *Science in Context*, vol. 4, núm. 1, 1991, pp. 3-21.

provincias y los territorios nacionales y su relación con los profesores universitarios. El otro, a la red de sociabilidad que se estableció entre los aficionados a la arqueología y a la historia del sur de la provincia de Buenos Aires.

De la correspondencia analizada en el Archivo Histórico del Museo de la Plata surgen los distintos motivos que originan la comunicación con la institución: el ofrecimiento de objetos para la venta, donación, canje, el envío de materiales para su estudio, la solicitud de información o materiales de exposición y el aviso de nuevos hallazgos.¹³ Por otro lado, teniendo en cuenta la frecuencia, duración y características del intercambio epistolar, se pudo reconocer el tipo de aficionado de acuerdo a su papel en la conformación de colecciones. Los coleccionistas que se dedicaban a la recolección sistemática de material y que escribían regularmente a los profesores se distinguen de aquellos vecinos entusiastas que por única vez ofrecían algo que consideraban importante para la ciencia. A esto se sumó la posibilidad de entender el tipo de relación establecida entre las partes, que aunque jerárquica, desencadenó en vínculos de camaradería, luego transformados en ayuda para la localización, la excavación y la conservación de los materiales arqueológicos. Los responsables de los museos consolidaron el sistema de corresponsales, que colocaba a algunos de estos coleccionistas como intermediarios entre los vecinos y los arqueólogos. Los datos ofrecidos por coleccionistas y aficionados configuraban una suerte de mapa arqueológico del cual se servían los profesionales para conocer nuevas áreas, para confirmar datos o para continuar el trabajo en un yacimiento determinado.¹⁴ En este sentido la comunicación con los lugareños fue parte de la práctica de la arqueología, que permitía obtener datos de campo en un contexto donde las exploraciones científicas subsidiadas por las instituciones universitarias no alcanzaban.

Un segundo nivel de análisis estableció el funcionamiento de una red de sociabilidad entre los aficionados y los coleccionistas del sudoeste bonaerense, algunos de los cuales mantuvieron relación con los profesores universitarios.¹⁵ Esto pudo detectarse a partir del relevamiento inicial de la documentación existente en el archivo administrativo del Museo Histórico de Bahía Blanca. A través de la correspondencia de su primer director

¹³ Alejandra, PUIPIO, “Coleccionistas, aficionados y arqueólogos en la conformación de las colecciones arqueológicas del Museo de La Plata, Argentina (1930-1950)”, Alda HEIZER y Margaret LOPES (comp.), *Coleccionismos, Prácticas de campo e representações*, Paraíba, Universidad Estadual da Paraíba, 2011, pp. 269-280.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Alejandra PUIPIO, “Coleccionistas de objetos históricos, arqueológicos y de ciencias naturales en museos municipales de la provincia de Buenos Aires en la década de 1950”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, núm. 12, 2005, pp. 205-229.

Antonio Crespi Valls se observó la relación entre este funcionario y otros aficionados que establecieron lazos de cooperación para el intercambio de información, de bibliografía y de materiales.¹⁶ La identificación de esta red no significa que cada uno de los integrantes no formara parte de otras tantas o estableciera relaciones epistolares con otros científicos vocacionales y profesionales.

A partir de este primer repositorio documental se localizaron y analizaron los archivos de aquellos aficionados que conformaron esa red. En su mayoría se trató de archivos administrativos municipales o provinciales. Esto se debió a que los miembros de esta red transfirieron sus colecciones particulares al espacio público a través de la creación de museos privados y públicos, muchos de los cuales estuvieron en jurisdicción municipal, mientras que algunos pasaron a la administración provincial.¹⁷ En Buenos Aires este proceso fue especialmente incentivado con la creación de la Dirección de Museos Históricos, en 1950, organismo dependiente del nuevo Ministerio de Educación de la provincia. En este contexto de expansión de los museos provinciales, el organismo centralizó y distribuyó información también a los museos locales, públicos y privados, organizó reuniones técnicas e implementó el Censo de Bienes del estado (1953) para los bienes museográficos.

En este proceso algunos aficionados se convirtieron en funcionarios públicos como directores de estas nuevas instituciones mientras continuaban con sus rutinas como coleccionistas. De esta manera la práctica de la arqueología y de la museología se convertían en saberes de los municipios aunque, como señalaron Plotkin y Zimmerman, aún dentro de la estructura del estado estos museos eran zonas fronterizas entre el espacio estatal y extra estatal.¹⁸ En este sentido compartían las mismas prácticas de campo, de conservación y de exhibición de los aficionados que poseían colecciones en sus casas o museos privados. Por esta razón, las relaciones establecidas epistolamente

¹⁶ Los coleccionistas que formaron la red de sociabilidad reconstruida fueron Emma Nozzi de Carmen de Patagones, Luis Scalese de Trenque Lauquen, Gabriel Campomar Cervera de Salliqueló y Antonio Crespi Valls de Bahía Blanca. Todos transfirieron sus colecciones para la creación de museos en estos municipios y pasaron a ser sus primeros directores. Alejandra PUIPIO, “Coleccionistas de objetos...” cit.

¹⁷ Aunque no era un fenómeno nuevo en la provincia de Buenos Aires, en la década de 1950 a creación de museo adquiría en este momento un relieve y características distintivas. En efecto, desde que en 1872 se fundó el primer museo municipal hasta fines de la década de 1940, abrieron sus puertas diecisiete museos municipales de historia y de ciencias naturales, diez privados y siete municipales, mientras que sólo en los diez años siguientes lo hicieron nueve estatales y seis privados. Alejandra PUIPIO, “Coleccionistas de objetos...” cit.

¹⁸ Ben Mariano PLOTKIN y Eduardo ZIMMERMANN, “Introducción. Saberes de Estado en la Argentina, siglos XIX y XX”, Ben Mariano PLOTKIN y Eduardo ZIMMERMANN (comps.), *Los saberes del estado*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, pp. 9-28.

permitieron localizar archivos personales de cartas y documentos inéditos de aficionados que complejizaron y enriquecieron este análisis.¹⁹

Los museos públicos adquirieron las prácticas de la burocracia de la administración así como de la tradición de registro de museos y archivos para el inventario y circulación de las colecciones.²⁰ Estas instituciones generaron dos tipos de documentos, guardados en repositorios diferentes dentro de la estructura municipal y con diferentes estados de integridad. Por un lado, los archivos de correspondencia interna y externa, carpetas de recortes de prensa, fotografías, facturas de compra de mobiliario, libros, materiales para el museo y todo tipo de documentación vinculada con el manejo de colecciones, su circulación y su exhibición. Estos documentos se archivaron y conservaron en la oficina que les dio origen, en estos casos los museos históricos y/o de ciencias naturales. Aún hoy no existen normas administrativas que regulen el tratamiento de los mismos y por lo tanto su conservación y acceso tiene trayectorias disímiles. Por otra parte, las oficinas han generado otro tipo de documento como son los expedientes que fueron iniciados en las mesas de entrada de la municipalidad por empleados de cada oficina o por vecinos y cuyo trámite ha finalizado. Entre estos papeles se destacan los de movimiento de personal o habilitación municipal, resguardados en los Archivos Administrativos Generales de cada municipalidad, ingresados por número, año, foliados y juntados. Para este tipo de documentación se han aprobado distintas normativas en la provincia de Buenos Aires para que los municipios guarden, conserven y clasifiquen documentos derivados de procedimientos administrativos concluidos (los expedientes), pero ninguna de estas reglas administrativas tuvo alcance para los archivos de gestión o de oficina descriptos anteriormente.

Las actuaciones administrativas respecto al resguardo de los expedientes se han regido por la Ley Orgánica de las Municipalidades que prevé los protocolos de actuación para los documentos emitidos por los Departamentos Ejecutivos.²¹ Este marco legal estableció que los documentos deben ser guardados por el término de diez años luego de lo cual los técnicos del Archivo Histórico de la provincia de Buenos Aires

¹⁹ Se trata de los archivos personales de Isaac Schatzky de Rivera, Américo De Luca de Bahía Blanca y Hugo Diez de Laprida.

²⁰ Irina PODGORNY, “Los archivos. Entre el síndrome de Barba Azul y los sueños de Napoleón”, Tatiana KELLY e Irinia PODGORNY (comps.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, Rosario, 2012, pp. 21-39.

²¹ Artículo 283 del Decreto Ley de la provincia de Buenos Aires 6769/1958 (Ley Orgánica de las Municipalidades).

“Ricardo Levene” brindan asesoramiento antes de que se decida su destrucción. Por otro lado, este organismo tiene como tarea prevista la de asesorar técnicamente a los archivos municipales en las labores de inventario, conservación, clasificación y restauración de los documentos.²² En este punto es necesario señalar la distancia existente entre las disposiciones normativas y las prácticas de archivo. La realidad no es homogénea, no son archivos preparados para la consulta de investigadores y en general están a cargo de personal no especializado. Estos archivos administrativos se distinguen de los de carácter histórico, existentes en jurisdicción municipal, los que conservan documentos caratulados de interés para la investigación histórica y por lo tanto son de acceso para el público. Sin embargo, la consulta de estos documentos administrativos es muy compleja, ya que requiere en primer lugar confirmar que los municipios y la provincia hayan conservado estos papeles, y en segundo lugar que los mismos puedan ser examinados.

Estas dos fuentes de información, los archivos de gestión o de oficina y los expedientes de los archivos administrativos generales, aunque no reconocidos abiertamente como documentos históricos proveen información para comprender las prácticas de los agentes municipales, en este caso de los científicos vocacionales convertidos en funcionarios. En el primer conjunto de documentación se distinguió la correspondencia de notas enviadas y recibidas. En el caso de estudio, esta documentación si bien puede inscribirse en la carta institucional, responde al mismo tiempo a la correspondencia personal, ya que la relación entre aficionados trascendió las fronteras de la práctica de la arqueología hacia una relación de amistad y camaradería. Las cartas revelan de este modo la trama biográfica de los aficionados, al mismo tiempo que sus actuaciones públicas. Además, como se señaló anteriormente, la reconstrucción de la red de aficionados permitió detectar otros repositorios personales que brindaron cartas y documentos inéditos que colaboró en la comprensión del papel de los aficionados en la actividad científica.

²² La intervención del archivo provincial está prevista en el Decreto Ley 21.049/1957, el Decreto Provincial 3066/1991 y la circular 18/1994 del Archivo Histórico “Ricardo Levene”. Estas normativas tienden a colocar al personal de este archivo como coordinadores de una acción tendiente a que existan en los municipios normas que reconozcan cierta uniformidad de criterios en lo atinente al modo de tratar a las diferentes expresiones documentales, los plazos de gracia y los procedimientos *intra* municipales de guarda y destrucción de documentos. Juan Martín COLOMBO “Breves comentarios al régimen jurídico de los Archivos Municipales de la Provincia de Buenos Aires”, *Jornadas Técnicas de Archivos Municipales de la Provincia de Buenos Aires*, 2010. Disponible en: http://www.concejomdp.gov.ar/prensa/jornadas/disertacion_colombo.pdf.

El análisis conjunto de distintos repositorios permitió realizar una matriz de datos que reconstruyó el diálogo entre las partes, superando de este modo la fragmentación que implica el estudio de sólo uno de ellos. En este sentido el hallazgo de esta red de sociabilidad y la posibilidad de reconstruir el tipo de relación a partir del estudio de la correspondencia constituye un aporte importante para el estudio de la historia de la arqueología.²³ La correspondencia configura el espacio de relación e intersección de mundos mostrando así la forma en que el intercambio de cartas favoreció la formación de los científicos vocacionales, la circulación de bibliografía, el uso de un lenguaje descriptivo y visual, como eran los mapas, croquis, dibujos y fotografías entre gente que en ocasiones no llegaba a conocerse cara a cara. Del mismo modo, facilitó la articulación de un lenguaje común, que incluyó instrucciones, protocolos de actuación, intercambio de información y objetos. Por otro lado, mostró la práctica de la ciencia en el hacer, a veces representando el único registro de ciertas actividades científicas como los problemas de selección de datos, de observación, hallazgo y extracción. Si bien la correspondencia y las redes de sociabilidad facilitadas por su intercambio han sido objeto de estudio privilegiado en la historia de la ciencia, el tipo de documento y los repositorios descritos aquí no han sido ampliamente utilizados para una historia de la práctica de la arqueología argentina. El hallazgo y recuperación de esta documentación brindará más información sobre las condiciones locales del hacer científico y permitirá indagar las conexiones, las redes y las relaciones establecidas como producto de la circulación de la información.

²³ Yves GINGRAS, "Mapping the structure of the intellectual field using citation and co-citation analysis of correspondences", *History of European Ideas*, vol. 3, núm. 3, 2010, pp. 330-339; Andrea RUSNOCK, "Correspondence networks and the Royal Society, 1700-1750", *British Journal for the History of Science*, núm. 32, 1999, pp. 155-169.